

# Una hermenéutica utópica: cierre estructural, multiplicidad o merodeo erótico

FIGURELLA GUAGLIANONE, Universidad Universidad Nacional de Entre Ríos,  
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

fiorella.guaglianone@gmail.com

DOI: 10.33255/26181800/1755

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1140-947X>

---

## Resumen

El trabajo explorará algunas tensiones entre el problema de la forma utópica, abordado por Jameson, y el de los afectos utópicos, conceptualizados por Muñoz. Sin pretensiones conclusivas, estos entrecruzamientos estarán guiados por la pregunta acerca de los efectos de pensar la(s) utopía(s) para las disidencias sexuales en el capitalismo neoliberal. Más específicamente, indagará en ciertas posibilidades de una hermenéutica de la utopía sensible a políticas sexuales anti-normativas, disidentes o *queer*.

**PALABRAS CLAVE:** utopías *queer*, hermenéutica utópica, afectos utópicos

## Abstract

This article explores some tensions between the problem of the utopian form, addressed by Jameson, and the utopian affects, conceptualized by Muñoz. Without claiming to be conclusive, these intersections will be guided by the question of the effects of thinking utopia(s) for sexual dissidences in neoliberal capitalism. More specifically, I will look into certain possibilities of a hermeneutics of utopia that is sensitive to anti-normative, dissident or *queer* sexual politics.

**KEYWORD:** *queer* utopias, utopian hermeneutics, utopian affects

---

## Introducción

En la teoría política, pero también y especialmente, en los proyectos políticos, existe un llamamiento, una advertencia, acerca de la importancia de resguardarse de los efectos de la utopía. Advertencia que —como señala Jameson (2009)— se fundamenta en una imagen particular de un proceso histórico: la caída de los socialismos reales en las últimas décadas del siglo xx. En términos más generales, la utopía, como discurso y como forma interpretativa, parece además contrariada por las lógicas del momento actual: las nuevas subjetividades del capitalismo tardío estarían atravesadas por aquella frase atribuida también al autor, es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo (Jameson en Fisher, 2016).

En este artículo, me interesa pensar cómo una aproximación al problema ligada a la cuestión de la hermenéutica utópica, expresión acuñada por José Esteban Muñoz —teórico *queer*, de los estudios de la performance y crítico literario— puede pensarse como método, pero también como práctica militante comprometida con relaciones de oposición o interrupción al capitalismo neoliberal en sus regímenes de colonialidad y sexo-generización.

La pregunta por la utopía entreteje dos dimensiones relevantes para el análisis político: en primer lugar, cómo imaginamos el futuro y cuáles son los efectos de imaginarlo y, en segundo lugar, cómo y si es posible hacer política —intervenir— sobre esas imágenes en un sentido contra-hegemónico, crítico-interpretativo o revolucionario. Para atender al primer interrogante, me gustaría reponer algunos aportes provenientes de la lectura de *Arqueologías del futuro* de Jameson (2009) y, finalmente, para indagar en el segundo, proponer algunos cruces entre estas lecturas y la propuesta blochiana de Muñoz.

### El cierre utópico: antagonismo, hegemonía y principio de ruptura radical

En *Arqueologías del futuro*, Jameson sostiene —entre varias líneas de análisis acerca del problema del futuro y de las temporalidades sociales— que la forma utópica se caracteriza por hacer aparecer el cierre radical de un sistema de diferencia en el tiempo, por encarnar la experiencia de la ruptura formal y la discontinuidad totales. Esta afirmación, su exploración, me resulta estimulante para establecer un diálogo entre las consideraciones sobre la posibilidad de una hermenéutica de la utopía y las lógicas de las resistencias políticas. Más específicamente, quisiera indagar en una diferencia constitutiva, una distancia ostensible, entre la idea de que

es posible un análisis hermenéutico de las utopías como idealidad, multiplicidad y movimiento (Muñoz, 2020) y la hipótesis de la importancia estructural del cierre en la forma utópica (Jameson, 2009). Comenzaré por seleccionar como disparadores de esta propuesta, dos elementos presentes en Jameson: la cuestión del cierre estructural en la forma utópica y la idea de no totalidad constitutiva de la misma. Para hacerlo volveré sobre la pregunta por los efectos y las características de la imaginación del futuro. ¿Qué es una utopía? Dice Jameson:

Creo que podemos empezar proponiendo que el espacio utópico es un enclave imaginario dentro del espacio social real, en otras palabras, que la misma posibilidad del espacio utópico es en sí resultado de la diferenciación espacial y social. Pero se trata de un subproducto aberrante, y su posibilidad depende de la formación momentánea de una especie de remolino o un remanso independiente dentro del proceso general de diferenciación, y su impulso de avance en apariencia irreversible. (Jameson, 2009, p. 29)

La referencia a la diferenciación social y espacial responde a la propuesta de *Arqueologías del futuro* de pensar con la teoría luhmaniana de los sistemas sociales la cuestión de la utopía. La dejaremos de lado en estas reflexiones porque nos interesa seguir una interpretación vinculada a una segunda perspectiva también presente: la de la posibilidad de pensar el antagonismo en la forma utópica y en una teoría de la producción utópica. Esto por lo menos en dos sentidos: la manera en la que una utopía funge como cristalización de las contradicciones sociales, por un lado, y, por otro, el modo en el que, en la imaginación, en la fantasía, aparece algo del orden de la demarcación del ellxs y el nosotrxs; problema inherentemente político. ¿En qué sentido una forma utópica cristaliza las contradicciones, los límites materiales y simbólicos de un orden social? Es necesario, para Jameson:

(...) una historia de la materia prima utópica que proyectar, una historia ligada a la representación en la medida en que no son sólo las contradicciones reales de la modernidad capitalista las que evolucionan en momentos convulsivos (...) sino también la capacidad de cada uno de ser nombrado, ser tematizado y ser representado, no sólo de modos epistemológicos, en función de análisis sociales o económicos, sino también de formas dramáticas o estéticas que, junto con las plataformas políticas y los lemas tan estrechamente relacionados con ellas, son capaces de captar la imaginación y hablar a grupos sociales más amplios. (Jameson, 2009, p. 28)

Ahora bien, esta cristalización tiene unas funciones específicas y unas implicancias particulares. Pensando con Jameson: la forma utópica es ideológica, esto es, la función propiamente dicha de sus temas radica en la negatividad crítica, es decir, «en desmitificar sus números opuestos» (Jameson, 2009, p. 258). Sin embargo, esta tarea de desmitificación, solo puede ser producida a partir del cumplimiento de una serie de condiciones. La que nos interesa para establecer el diálogo que mencionaba en párrafos anteriores es la del principio de ruptura radical. ¿Cómo se produce esta ruptura radical y a que remite? Se trata de una característica común a utopías diversas; remite directamente a su dinámica. «El cierre del espacio, el cierre del tiempo, el cierre de la comunidad utópica y su posición fuera de la historia» (Jameson, 2009, p. 258). Este cierre hace posible una relación de oposición que es constitutiva de la forma utópica: su diferencia radical insiste en afirmar dos cuestiones; que esa formación social es posible, por un lado, y, por otro, que la convicción ideológica de que no hay alternativa tiene también un carácter ficcional.

Ocurre, sin embargo, en la forma utópica algo que opera también en otros esquemas de aparición y configuración signifiante: la necesidad de cierre estructural es en sí misma una imposibilidad que tiene un sentido paradójico. Ninguna utopía puede cerrarse sobre sí misma, permanecer incontaminada y sustraída de cualquier relación con las sociedades sobre las que se construye en oposición. Dice Jameson:

Hay, sin embargo, un pequeño grupo en particular cuya existencia no puede ser eliminada de la utopía ni prohibida o expulsada por la operación suprema de la unanimidad utópica: la familia. Persiste como un cuerpo extraño dentro de la nueva sociedad, y esa persistencia, asegurada sin duda por la biología, amenaza al geométrico diamante utópico con un defecto de forma que no puede corregirse y con cuya desaparición no se puede fantasear, por mucho ingenio utópico que se emplee en hacerlo. (Jameson, 2009, p. 277)

Esta imposibilidad de realizar un corte limpio entre el universo que se impugna y el que es objeto de la fantasía utópica se expresa en la aparición de algún tipo de asociación familiar pero también de intercambio monetario, de elaboración arquitectónica, de relación vincular etc. Lo que persiste, sin embargo, no responde a una carencia de recursos simbólicos, a una limitación creativa del utopista: por el contrario, se trata de una persistencia estructural que se debe a la incapacidad misma de cierre total. Ese sistema que no puede cerrarse totalmente ingresa así en su dimensión más paradójica: lo que moviliza la producción signifiante es la incapacidad

de producir ese cierre universal de la forma utópica sobre sí misma. En ese aspecto, forma utópica y formación social se tocan:

La totalidad social siempre es irrepresentable incluso en el caso de los grupos de personas numéricamente más limitados, pero a veces es posible trazarla y puede permitir que se construya un modelo a pequeña escala sobre el cual interpretar con mayor claridad las tendencias fundamentales y las vías de huida. En otros momentos, este procedimiento de representación es imposible, y las personas afrontan la historia y la totalidad social como un caos confuso, cuyas fuerzas son indiscernibles. (Jameson, 2009, p. 28)

La forma utópica en Jameson, la posibilidad de su interpretación crítica, requieren de una atención particular sobre el modo en el que esta se cierra fallidamente. Esos límites desde los cuales se establece una relación de exterioridad radical con otros sistemas cuyas características morales o sociales son políticamente rechazadas. El tipo de utopía que es objeto de indagación teórica tiene un sentido específico y una forma limitada: no se trata del impulso utópico de cualquier estructura psicológica, ni de las utopías latentes en cualquier producción textual, ni de los horizontes de sentido que pudieran imputárseles a un proyecto político. La forma utópica es aquella que tiene una función política en un sentido clásico (de la teoría política como tradición de discurso): trazar la frontera entre amigos y enemigos; representar la totalidad social (aún de manera fallida); hacer posible, pensable, una alternativa al orden hegemónico. ¿Qué podría implicar indagar en la utopía buscando el cierre, su frontera antagónica, la búsqueda de la totalidad social? En ese sentido ¿por qué la forma utópica no puede ser un impulso utópico que deviene múltiple y que puede ser rastreado en diversas formas de aparición? En ese punto, Jameson es al respecto bastante taxativo:

Bloch postula un impulso utópico que rige todo lo orientado al futuro en la vida y la cultura; y lo abarca todo, desde los juegos a los medicamentos patentados, desde los mitos al entretenimiento de masas, desde la iconografía a la tecnología, desde la arquitectura al eros, desde el turismo a los chistes y el inconsciente (...) debería quedar ya claro que su obra suscita un problema hermenéutico. El principio interpretativo de Bloch es más eficaz cuando revela el funcionamiento del impulso utópico en lugares insospechados, en los que está oculto o reprimido. ¿Pero qué ocurre, en tal caso, con los programas utópicos deliberados y plenamente conscientes de sí mismos? ¿Deben tomarse también como expresiones inconscientes de algo aún

más profundo y primordial? ¿Y qué ocurre con el proceso interpretativo en sí y con la propia filosofía del futuro establecida por Bloch, la cual supuestamente ya no necesita tal decodificación o reinterpretación?. (Jameson, 2009, p. 15)

Sin embargo, el problema hermenéutico de Bloch es también político. La perspectiva blochiana contiene dos determinaciones políticas que incomodan a Jameson: a) su hermenéutica supone que el impulso utópico, en un sentido similar a la cura freudiana, puede ser desenmascarado y liberado por la conciencia y

b) ver vestigios del impulso utópico en todas partes, como hacía Bloch, es naturalizarlo y dar a entender que de algún modo está arraigado en la naturaleza humana. Los intentos de hacer realidad la utopía, sin embargo, han sido históricamente más intermitentes, y ahora necesitamos limitarlos aún más insistiendo en todo lo peculiar y lo excéntrico que hay en la producción fantástica que da lugar a ellos. (Jameson, 2009, p. 24)

Las consecuencias políticas que advierte Jameson en la hermenéutica blochiana de la utopía pueden pensarse dentro de dos críticas más generales a los modos de pensar el problema de la utopía: por un lado, una advertencia acerca de pensarlo en una clave apriorísticamente emancipatoria, que le otorgue en sí mismo un rol preponderante en el análisis de la política y que además lo ligue de manera directa a la posibilidad de emergencia de otro orden y, por otro, el señalamiento de la necesidad de dar especificidad a la noción de utopía de manera que su carácter múltiple no produzca un estiramiento conceptual que entorpezca la interpretación crítica.

Principio de ruptura radical, antagonismo y hegemonía son aspectos que a Jameson le interesan para pensar la utopía. La utopía como forma está marcada por su cierre sobre un sistema de diferencias, por provocar una discontinuidad y por su capacidad de movilizar el sentido de que ella no sólo es posible, sino que es necesaria: la ruptura, el principio de ruptura radical, es entonces su lógica. Siguiendo ese derrotero, este principio requiere o se amalgama con otra necesidad de la forma utópica: su cierre producido en relación antagónica con los proyectos hegemónicos. El cierre es la condición de posibilidad de la utopía como forma y como sistema: la utopía es esa combinación de cierre y ruptura que constituye la fuente de la otredad, de la diferencia.

Ahora bien, el autor con el que quisimos proponer un diálogo, retoma, para explorar los alcances y la politicidad de la utopía, a Bloch y su trabajo *El principio esperanza* (2007). Me gustaría traer, entonces, algunas claves de esa elaboración,

para, finalmente, poder hacer marcas sobre las preguntas que se presentaron anteriormente.

### **El impulso utópico: merodeo, indeterminación y multiplicidad**

La propuesta hermenéutica de Muñoz piensa la relación entre activismos *queer* y capitalismo neoliberal ocupándose principalmente de identificar cómo cierto aquí y ahora como momento privilegiado de la acción política puede redundar en una política de la identidad signada por el pragmatismo, el presentismo y la exaltación acrítica de la negatividad y la singularidad. Muñoz quiere dar una discusión con el giro antisocial de los estudios y activismos *queer* un marco teórico y político que entiende que las imágenes de futuro son en sí mismas problemáticas para las disidencias sexuales porque exigen una postergación, un sacrificio de sus urgencias en pos de un horizonte que tiende a reproducir la especie y, con ella, la familia heterosexual.<sup>1</sup> No son estos los debates sobre los que vamos a extendernos, pero sí resulta necesario marcar que Muñoz escribe, de alguna manera, contra aquellxs que convocan, políticamente, a renunciar a una acción política orientada al futuro y, con ello, a una suerte de antiutopismo disidente sexual. Este *giro* tiene como aspecto más saliente la renuncia a una ontología política de cohesión social a la que nombra como *futurismo reproductivo*: una tendencia casi inevitable a colocar la figura del Niño como beneficiario fantasmático de toda intervención sobre el presente; una invocación del Niño que clausura la *queeridad*; el universo de lo abyecto, ubicado psicoanalíticamente en el exterior constitutivo de la pulsión de muerte (Edelman, 2014). Contra este futurismo reproductivo, «principio organizador de las relaciones colectivas» (Edelman, 2014, p. 18), no puede pensarse un orden social más justo, por el contrario, imaginarlo hace posible la reproducción del mandato mediante el reforzamiento de su propia dinámica. El modo de interrumpir la reproducción del orden

<sup>1</sup> Muy resumidamente, con giro antisocial hacemos referencia a posicionamientos teóricos y políticos *queer* ligados a la negatividad radical, el anti-identitarismo y la anti-relacionalidad. Tres elementos son importantes en este artículo por su relación con el entrecruzamiento que proponemos realizar: a) la definición del sexo por su potencial destructivo, anti-comunitario y anti-social; b) el rechazo de las luchas formuladas en el sentido de la restauración, redención, reconstrucción o reclamación del proyecto político; c) la particular relación establecida entre futuro y *queeridad* como clave de lectura de las resistencias políticas y sus entrampamientos. En el caso de Edelman (a modo de ejemplo) existe una impugnación a la lógica política por su ligazón casi inevitable con el futurismo reproductivo: la tendencia a colocar la figura del Niño como beneficiario fantasmático de toda intervención sobre el presente; una invocación del Niño que clausura la *queeridad*; el universo de lo abyecto, ubicado psicoanalíticamente en el exterior constitutivo de la pulsión de muerte (Edelman, 2014). Contra este futurismo reproductivo, «principio organizador de las relaciones colectivas», para Edelman, no puede pensarse un orden social más justo, por el contrario, imaginarlo hace posible la reproducción del mandato mediante el reforzamiento de su propia dinámica.

heterosexual y la re-citada expulsión de lo *queer* al territorio de lo abyecto radica en liberar la pulsión de muerte, esa dimensión de la sexualidad que es pura negatividad y no responde a las modulaciones edípicas, disolviendo «esas coagulaciones de la identidad que nos permiten conocernos y sobrevivir como nosotros mismos» (Edelman, 2014, p. 39).

¿Por qué recurre Muñoz a Bloch? Lo que a Muñoz le interesa rastrear es la utopía no como forma utópica, sino como estructura de sentimientos. Muñoz piensa los *paisajes* de la utopía, sus estructuras afectivas.

(...) la forma en la que se puede representar un modo de ser y de sentir que aún no estaba ahí, en ese momento, pero que sin embargo era una apertura. Bloch diría que esos sentimientos utópicos pueden verse frustrados, y con frecuencia eso es lo que sucederá. De todas maneras, resultan indispensables para pensar la acción de imaginar una transformación. (Muñoz, 2020, p. 42)

En ese punto aparece tanto una distancia con Jameson como una coincidencia: la función utópica está signada por la posibilidad de generar una ruptura radical con el orden social sobre el que se produce y que la hace posible, sin embargo, difieren en el modo de conceptualizar la cuestión. La pregunta por la utopía, en Muñoz, como en Jameson, tiene una función política; en esto coinciden ambos. Quisiera exponer sus divergencias para poder luego formular unas preguntas sobre lo que se denominó hermenéutica utópica.

Primera distancia. En Jameson o, al menos, en la lectura de Jameson que propongo, la utopía cumple una función política en un sentido específico: está ligada al antagonismo, a la posibilidad de trazar la línea fronteriza que separa amigxs de enemigxs. Los principios estructurantes, que devienen claves interpretativas de una hermenéutica de la utopía, son entonces la necesidad estructural de cierre (su imposibilidad) y el principio de ruptura radical. Identificar en qué articulaciones significantes se produce esa elaboración que hace posible la radicalidad de la ruptura con el orden social se vuelve entonces un eje central de la tarea crítico-interpretativa. Así también, aparece como necesario, poder delimitar a través de qué encadenamiento de sentido se hace posible distinguir entre un *ellxs* y un *nosotrxs*. Muñoz, por el contrario, apunta a otro tipo de herramientas de análisis e interpretación de las utopías: su preocupación se orienta a la utopía como estructura afectiva. El impulso utópico, categoría central en Bloch, habilita esa elaboración: la hermenéutica de Muñoz se detiene en lo *ya no consciente*, su sentido de lo utópico recorre transversalmente elaboraciones literarias (más allá de la ciencia ficción); performances; instalaciones;

formas del activismo *queer*. Una segunda deriva de esta forma de lectura tiene que ver también con el modo en que conceptualiza lo político en la utopía: no es el antagonismo, ni el *ellxs* o el *nosotrxs*, si no el devenir múltiple de la utopía —imágenes fotográficas, intervalos, auras, residuos y negaciones— (Muñoz, 2020, p. 95). Lo que interesa a Muñoz de la función utópica no es ni el principio de ruptura radical ni su capacidad de constituir un antagonismo: le importan «las potencialidades creadoras de mundo contenidas en las performances de ciudadanxs-sujetxs minoritarixs que disputan la esfera pública mayoritaria» (Muñoz, 2020, p. 117). En la noción de antagonismo y ruptura radical para Muñoz hay un componente problemático que reviste incluso cierta peligrosidad: desde una lectura anclada en los antagonismos de clase, raza y sexo se solapan, desplazan o invisibilizan algunas subjetividades anti-normativas que no integran los elementos dominantes del binomio (por ejemplo, el binarismo negro-blanco corre del campo de observación a las subjetividades negras feminizadas y empobrecidas, disidentes sexuales, etc.).

En Jameson, las operaciones de la hermenéutica de la utopía, no pueden realizarse sobre un corpus cualquiera: la forma utópica tiene unos requerimientos que impiden confundir impulso utópico con utopía. La posibilidad de hacer un análisis crítico-interpretativo depende de la vigilancia epistemológica que se guarde sobre la identificación de la forma utópica. Muñoz, por el contrario, buscará una definición más laxa de utopía, con una motivación, nuevamente, política. Más que los contornos sobre los que se cierra la utopía, la radicalidad de la ruptura que la conforma o los proyectos dominantes con los que antagoniza, a Muñoz le interesa:

(...) el gesto y su secuela, el rastro efímero, importan más que muchos modos tradicionales de otorgar evidencias de vidas y políticas. La hermenéutica del residuo que propongo está calibrada para leer estos gestos (...) y conocer estos movimientos como vastos depósitos de historia y futuridad *queer*. (Muñoz, 2020, p. 158)

Al recurrir a Bloch, sin embargo, Muñoz no postula una liberación de la conciencia del impulso utópico (la cura freudiana a la que remite Jameson) sino *yirar* la utopía. Una referencia a la práctica del *cruising*: un término de difícil traducción pero que podría pensarse equivalente a los de levante, yire, un «merodeo con intención erótica» (López Seoane en Muñoz, 2020, p. 12). Recorrer eróticamente las utopías como temporalidad social pero también su tradición política y filosófica para lograr reunir elementos anti-normativos que hagan posible imaginar algo diferente al *aquí y ahora*. Imaginar el *entonces y allí*: adverbios que, en inglés, portan una ambigüedad que alude a un momento o lugar que puede ser futuro o pasado de la

enunciación. El pasado como un espacio sólo contingentemente estabilizado, con zonas que pueden activarse o desactivarse en lo que percibimos como nuestro presente; el futuro como territorio de lo todavía no consciente; las utopías como una política para vislumbrar otro modo de existir abierto a la diferencia, pero también a una forma de lo colectivo que insiste en aparecer.

### La utopía como una estructura de afectos

Como decíamos al comienzo, la pregunta por la utopía entreteje dos dimensiones relevantes para el análisis político: en primer lugar, cómo imaginamos el futuro y cuáles son los efectos de imaginarlo y, en segundo lugar, cómo y si es posible hacer política —intervenir— sobre esas imágenes en un sentido contra-hegemónico o crítico-interpretativo. Para indagar algunas respuestas posibles a estos interrogantes, propuse cruzar dos perspectivas sobre cómo pensar una hermenéutica de la utopía, especialmente en aquellos puntos en los cuales la cuestión se torna muy sensiblemente política.

Ese recorrido sugiere que es posible adoptar, según lo expuesto, dos formas contrapuestas de entrada a la utopía. Unas divergencias que pueden ordenarse de acuerdo a la importancia otorgada a qué es lo que determina las operaciones de la utopía y cuáles son sus características principales. Con Jameson, fue posible divisar una forma de preguntarse por la utopía que prioriza identificar, para su comprensión, de qué manera se elabora en la forma utópica un *ellxs* y un *nosotrxs*: el efecto más relevante es el de mostrar de qué manera sería posible habitar una alternativa al orden hegemónico que rompa de manera radical con sus lógicas (principio de ruptura radical) al mismo tiempo que establezca una frontera de antagonismo político, moral, social, epistémico. Este modo de leer la utopía responde también al diagnóstico de la coyuntura que da inicio a *Arqueologías del futuro* (2009): cada vez resulta más esporádica la aparición de la forma utópica; su abandono es político. Por un lado, porque desde la caída de los socialismos reales, la utopía es sospechada de promover sistemas totalitarios, regímenes de escasez y cierta ceguera o indiferencia social a sus consecuencias. Por otro, porque el neoliberalismo es pensado como aquel sistema o racionalidad que tiende a eliminar la alternativa política de su imaginario; un orden que se presenta como si no tuviese afuera, como si no se construyese en oposición a nada y, además, como si estuviese cerrado sobre sí mismo. De ahí la necesidad de Jameson de insistir en que hay contenido utópico también en esa racionalidad en lugar de suponer que se trata de la consolidación sistémica de un anti-utopismo.

Sin embargo, sigue resultando vital para el autor establecer qué es lo que hace a una utopía algo diferente a cualquier otra elaboración significativa: de ahí su preferencia por la forma utópica y no por elementos, operaciones, lógicas o dinámicas menos articuladas. Analizar la utopía, observar sus fronteras antagónicas, su radicalidad y su cierre sigue siendo una tarea política ineludible para imaginar otro mundo y, en efecto, para hacerlo aparecer. La crítica de Jameson, su advertencia de que no puede tomarse por utopía cualquier elemento utópico (la importancia de identificar su forma específica) se dirige a Bloch. En un intento por actualizar, por traer a los debates contemporáneos de la teoría política y social, esas elaboraciones blochianas, pensamos con Muñoz qué podría implicar hacer el camino inverso: rastrear los impulsos utópicos (más que la forma), priorizar la multiplicidad (más que el antagonismo) y pensar la indeterminación (más que la necesidad de cierre estructural).

Un argumento de activista y de teórico social, fue el que permitió encontrar los nudos problemáticos de estas tensiones. Dice Muñoz que para *lxs queer* ese *rastrero efímero* y ese *gesto* de la utopía importan. A diferencia de Jameson, al perderse la forma utópica lo que se recupera es el *residuo*: el elemento residual es el material, la materialidad misma, a partir de la cual es pensable una futuridad (una imagen o una posibilidad de destino común) para disidentes. La forma utópica —la del canon literario, cinematográfico, de ciencia ficción— no es el modo que adopta la imaginación, la esperanza y/o la relacionalidad *queer*. En un sentido divergente, las utopías *queer* son estructuras de sentimiento colectivas, no ancladas en el cierre antagónico; sino disposiciones temporales que transgreden el tiempo hetero-lineal y entran en relación con el presente, el pasado y el futuro liberando su fuerza performativa. Esa potencialidad, sin embargo, fuerza a mantener lo *queer* en un «estado ontológico humilde» (2020, p. 64) que se resguarda de propagar políticas identitarias para el estado neoliberal o para la cultura popular. No se trata entonces de una formulación identitaria: sino de la capacidad de hacer aparecer los sentimientos, las estructuras afectivas, de otra relacionalidad posible.

Por eso, la pregunta de Muñoz no es cómo se traza la frontera antagónica sino qué tipo de figuraciones utópicas quedan fuera, escapan a su determinación, permanecen abiertas a sí mismas.

Considero, sin embargo, que es interesante más que marcar por dónde podríamos resolver esta tensión, señalar cuáles podrían ser las ventajas analíticas de mantenerla. La pregunta por la hegemonía, por el antagonismo y por la necesidad de cierre estructural siguen siendo elementos que dan sentido o permiten pensar cómo se construyen las formas utópicas cuya transmisibilidad cultural está enredada por afinidad con el orden social: así se encuentren en aparente oposición, terminan por

reintroducir elementos que hacen deseable algunas opresiones (como bien señala Jameson, aunque lo atribuye a otras causas, la familia, por ejemplo, sigue reintroduciéndose en la imaginación utópica aún en aquellos casos donde la radicalidad pareciera volverse total). Construir herramientas que sirvan para distinguir cuál es el exterior constitutivo de la forma utópica, sobre qué límite se produce su cierre, qué excluye, es también una pregunta por el sistema social al que la *queeridad*, *lxs queer*, resisten: no solamente hacer aparecer otros modos de existir anti-normativos sino también poder entender cómo se enlazan las jerarquías, las múltiples determinaciones, la complejidad de la norma. Comprenderla, en definitiva, sigue siendo una cuestión táctica necesaria para la radicalidad de la utopía *queer*. Sin embargo, la forma utópica parece no poder decir mucho de las resistencias: probablemente ese apego de Jameson a restringir el alcance de lo que nombramos como utopía, es lo que lo conduce a diagnosticar su desaparición en el momento actual del capital. Una lectura del impulso utópico, de su estructura afectiva, quizás permita, en cambio, pensar otro modo de estar en oposición a esa economía de sentimientos que es también el neoliberalismo. Pensar la utopía, sus formas hegemónicas, pero también aquellos impulsos utópicos que no responden a esa dinámica, sino que fugazmente hacen aparición mostrando algo *ya no consciente*, un *entonces* y *allí*, que puede ser reactivado, revelando el carácter contingente de las relaciones sociales. Una forma de imaginar la *queeridad* que supongo otro modo de politización de sus temporalidades: «en mi reloj, antes éramos *queer*...» (Muñoz, 2020, p. 19).

### Referencias bibliográficas

- BLOCH, E. (1977). *El Principio Esperanza*. Trad. Felipe González Vicen. Ed. Aguijar. Tomo I.
- EDELMAN, L. (2014). *No al Futuro, la teoría queer y la pulsión de muerte*. Egales.
- FISHER, M. (2016). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?*.Caja Negra Editora.
- JAMESON, F. (1991). *Ensayos sobre el posmodernismo*. Imago Mundi.
- JAMESON, F. (2009). *Arqueologías del futuro: el deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción*. Ediciones Akal.
- MUÑOZ, J. E. (2020). *Utopía queer: el entonces y allí de la futuridad antinormativa*. Caja Negra.